

Por Jacques VERNANT
(Traducido de la Revue de Defense National, Febrero de 1968)

JUEGO DE TRES

En este ensayo trataremos de bosquejar la estructura del sistema internacional que se vislumbra en 1968 y que posiblemente habrá de afirmarse en el curso de los años futuros.

En primer lugar, es preciso hacer una distinción entre dos categorías de estados. Aquellos cuyas acciones exteriores pueden modificar el equilibrio del sistema mundial y los que no pueden alterar dicha estabilidad. En la primera categoría se clasifican los Estados Unidos, la Unión Soviética y China; en la segunda, todos los demás estados. Es preciso hacer notar también que en esta segunda categoría deben hacerse algunas distinciones, según la influencia que estos estados pueden ejercer sobre el equilibrio y la evolución de los sistemas regionales. Agregaría además una observación: aunque los estados de esta segunda categoría no pueden modificar el equilibrio global dominado por la relación triangular entre Washington, Moscú y Pekín, esto no significa que sus posibilidades de acción exterior sean nulas. En efecto, mientras se trata de una acción política, es decir diplomática y psicológica, la eficacia del comportamiento exterior de los estados medianos, incluso los pequeños, sigue siendo real, aún en escala mundial. Esta eficacia desaparecería por el contrario en una situación de guerra en que el predominio de las relaciones de fuerza sólo dejaría eficacia a los tres grandes, en lo que respecta al equilibrio planetario en último análisis. En tiempo de paz, el tipo de eficacia diplomática y política que se concede a las potencias medianas evidentemente es función, en primer lugar de su voluntad de tenerla y luego, de las circunstancias (por ejemplo una intervención de mediación en el conflicto de Vietnam sólo es razonable si la posición de los principales protagonistas, y en particular de los Estados Unidos, lo permite), y los resultados de su acción no son inmediatamente perceptibles. Es así como la eficacia de la acción diplomática y política de Francia, desde hace diez años, sólo se ha revelado en forma paulatina. Es función de una apreciación exacta del contexto internacional y del sentido de su evolución (por ejemplo,

del alcance del diferendo sino-soviético, que fue comprendido desde 1959 por el General de Gaulle). Las grandes potencias pueden permitirse el cometer errores. Las potencias medianas o pequeñas, no. De aquí es donde surge la necesidad, más urgente aún para los Estados medianos y pequeños, de tener una visión clara del mundo en el cual vivimos.

Es así como el futuro del mundo está dominado por las relaciones triangulares entre los Estados Unidos, la Unión Soviética y China Popular. En este juego, cada uno de los tres protagonistas juega con sus propias cartas, sin que pueda contemplarse un reagrupamiento de dos contra uno mientras nos mantengamos en situación de paz. Por el contrario, en una prueba de fuerza por las armas en que cada uno se jugaría el todo por el todo, el reagrupamiento de dos contra uno sería posible en función de afinidades ideológicas o de intereses nacionales. Pero en realidad no pueden hacerse hipótesis valederas en cuanto a la materialización de tal eventualidad.

Aunque figuran en una misma categoría, estas tres potencias difieren considerablemente en el aspecto cuantitativo y cualitativo, en primer lugar por sus recursos y sus medios. La producción de acero de los Estados Unidos es cinco veces superior y la de China, 5 veces menor que la de la Unión Soviética. La producción de energía eléctrica en los Estados Unidos es dos veces más grande que en la Unión Soviética, la que a su vez es diez veces más importante que la de China. El producto nacional bruto por habitante es cuatro veces más elevado en los Estados Unidos que en la Unión Soviética, y ocho veces más elevado en la Unión Soviética que en China. En la medida en que estas cifras tienen un sentido, nos dan una idea de la inmensa diferencia que separa a los tres Grandes. China sigue siendo un país subdesarrollado desde muchos puntos de vista. Lo es no solamente en relación con el Occidente industrializado sino también con Rusia. Sin embargo, China sólo necesitó tres años para pasar de la bomba atómica a la bomba H megatónica. Siete años habían sido precisos a los Estados Unidos para superar esta etapa y cuatro, a la Unión Soviética. Las realizaciones técnicas son independientes por lo tanto del grado alcanzado por el desarrollo global. En cuanto a la relación territorio-población, los Estados Unidos y China tienen aproximadamente la misma superficie, pero el primero sólo cuenta con 200 millones de habitantes mientras esta última cuenta con 600 a 700 millones. Paradojalmente, los Estados Unidos constituyen un país altamente industrializado con poca densidad global y su población está concentrada en las zonas urbanas. China es un país campesino de densidad geográfica muy grande y descentralizada. La Unión Soviética, en un territorio que es más de dos veces más amplio que el de los Estados Unidos o de China, cuenta con 230 millones de habitantes. Presenta las mismas concentraciones urbanas e industriales que Estados Unidos, pero la extensión de su territorio constituye todavía una cierta ventaja estratégica.

Estos tres Grandes, tan diferentes por la importancia y naturaleza de sus medios, lo son también por su situación y la aptitud que de ella se deriva en los asuntos mundiales. Desempeñando el papel que tuvo anteriormente Gran Bretaña, los Estados Unidos, potencia aeronaval, victoriosa en dos guerras mundiales que fueron para ella expediciones de ultramar, no tiene reivindicaciones

ciones territoriales que hacer valer. Pero quiere hacer prevalecer un orden mundial en el cual esté asegurada la libertad, o más bien un libre intercambio mundial. Para este objeto, los Estados Unidos continúan aplicando una doctrina que fue elaborada en 1947 por el Presidente Truman para garantizar la independencia y la seguridad de Grecia y Turquía, dándole un alcance más o menos general.

Los Estados Unidos tienen los medios —y el pueblo parece tener la voluntad— de defender lo que ellos estiman que son sus intereses mediante el empleo de la fuerza, si es necesario.

Rusia, potencia continental, tiene como todos los países de Europa, una experiencia de guerra que no se limita solamente a los combates, sino también a la invasión y ocupación de su territorio. Por lo demás, la segunda guerra mundial ha procurado a la Unión Soviética el manto de protección más impenetrable sobre su ladera europea, que sus dirigentes podían imaginarse. Finalmente, la revolución nuclear ha trastornado los antecedentes estratégicos y disipa la realidad —o el mito— del "cerco capitalista". Por todas estas razones, es difícil imaginarse que la URSS. se comprometa en empresas militares en el exterior del "imperio" que la Segunda Guerra Mundial le permitió constituir. Su principal objetivo es conservarlo. No obstante, en su calidad de potencia asiática al mismo tiempo que europea, y mundial, la Unión Soviética no puede desinteresarse de los cambios que afectan cualquier parte del globo. Ella juega por lo tanto su propio juego, especialmente en Asia, donde la acción estadounidense y la propaganda china pueden amenazar sus posiciones.

Para China, el aislamiento es una realidad, lo que es más, no se ha cumplido el retorno a la soberanía china de territorios que debe recuperar. Formosa, prometida a Chiang Kai-shek durante la guerra por estadounidenses y británicos, no ha sido entregada a Mao Tse-Tung. Para Pekín el enemigo N° 1, por lo menos desde hace 10 años, es Washington del cual Moscú se haría cómplice, como para Washington el enemigo N° 1 es Pekín. No obstante, la política china se mantiene prudente. Indudablemente en Pekín están conscientes de los riesgos que implicaría el paso de la acción político-diplomática al enfrentamiento militar directo. A pesar del vigor de los discursos, China evita todo acto, todo compromiso formal, que pueda conducirla a un choque frontal con las fuerzas estadounidenses. Con respecto a sus vecinos inmediatos, el comportamiento de Pekín es enérgico y prudente al mismo tiempo. Contra India, en 1949, la acción de fuerza no fue más que una amonestación, sin objetivos territoriales. China también efectúa un juego peligroso tratando de enredar las cosas para provocar un renacimiento de hostilidades entre Moscú y Washington. Ahora bien, la prolongación de la guerra en Vietnam abre perspectivas en esta dirección. El fin de la guerra facilitaría el acuerdo entre Washington y Moscú.

Por su situación geopolítica (potencia aeronaval) y por una formación sico-ideológica que se debe a la historia reciente, los Estados Unidos se han visto inclinados a practicar en el mundo de hoy una política intervencionista que le impone pesadas cargas y que implica verdaderos riesgos. Sin duda es justo destacar esta solidaridad en la prudencia o en el terror que han provocado las armas nucleares entre los que las poseen. También es

cierto que el control de los acontecimientos puede escapar a los dirigentes más razonables sobre todo cuando deben tomar en cuenta reacciones pasionales de una opinión interior mal aclarada sobre los verdaderos antecedentes del problema. El compromiso militar de los Estados Unidos en Asia constituye por lo tanto un riesgo permanente. Por mucha que sea la prudencia de todos los grandes protagonistas, la complejidad del juego puede implicar en efecto que uno de ellos traspase un umbral que provocaría un enfrentamiento militar directo. ¿Quién sabe las consecuencias que podrían tener el compromiso de fuerzas americanas o sudvietnamitas en territorio camboyano o laosiano? La internacionalización de la guerra a escala de la península indochina no conduciría a otra internacionalización por la intervención de China? Al reflexionar sobre estos acontecimientos actuales llegamos a pensar que si racionalmente debe evitarse un conflicto entre las potencias que disponen de armas nucleares, la eventualidad de una gran contienda entre los Estados Unidos y China no puede excluirse. Por lo demás China es una potencia nuclear virtual más que real.

En conclusión: En la confrontación triangular actual entre Washington, Moscú y Pekín, es el conflicto, frío todavía entre Estados Unidos y China, en Asia, el que implica riesgos de una guerra a escala mundial. Desde el punto de vista de Washington, si el asunto vietnamés fuera abordado como un problema local, ya se habría encontrado su solución y la cuestión del retorno a la paz no habría sido reglamentada. Pueden surgir otros conflictos en cualquier parte, mientras las relaciones entre Pekín y Washington no se normalicen.

El hecho de que China regrese al orden después de las secuelas de la revolución cultural y de la materialización de su armamento nuclear, puede contribuir a esta normalización. Pero antes que ocurra —lo que supone una evolución muy profunda— parece indudable que el mundo atravesará por un período particularmente peligroso. Mientras Europa se mantenga en paz, podrá unir sus esfuerzos para lograr que este período transcurra sin una conflagración, actuando de preferencia entre Washington y Pekín. Por supuesto que el objetivo no podría ser reconciliar en todo el sentido de la palabra a China y los Estados Unidos, sino tratar de que sus opuestos intereses, por fundamentales que sean, se expresen en la estructura política y diplomática, y no por medio de las armas.

